

EL MAL TIEMPO

POR

ESPERANZA VITAL

Remuevo con incomodidad mi dolorido cuerpo, en este duro banco del parque. Casi siento dolor cuando las hojas secas del árbol que me protege, se posan sobre mis desgastados huesos, aunque me gusta poder contemplarlas con su fino aleteo, dando sus últimos estertores antes de desaparecer, movidas por el viento, en las oscuras y revueltas aguas del estanque. Y pienso, más bien ensueño, pues los recuerdos tardan en aparecer o no aparecen. Mi mente se nutre de sueños que la vigilia se encarga de desvanecer y cubrir con el manto del olvido.

Puede ocurrir que los recuerdos aparezcan en el sueño como por encantamiento y den al traste con una redundante vida que, aparentemente, está limitada a la ineludible y atroz monotonía de la edad y al lento discurrir de los días de esta edad tardía donde no cabe otro quehacer que la aburrida y apática somnolencia para sorprender, si no engañar, al lento pasar del tiempo.

Esos sueños ligeros, justo en el umbral del despertar, que me acometen en el atardecer, cuando las luces del día se atenúan en espera de la noche cerrada, en la que el insomnio será mi compañero, son los únicos que retengo, aunque todo lo demás quede olvidado y me esfuerce en recordar tiempos pasados y no sea capaz de evocar ni siquiera el nombre de mis padres. Ahora las ideas pasan por mi mente con rapidez inusitada, sin apenas dejar poso, desapareciendo en el pozo del olvido.

Con una lucidez que no puedo explicar, los sueños que me visitan, en los raros momentos en que la vigilia no me secuestra con su lacerante impertinencia, son tan reales que puedo saborear el pasado como si fuera recién estrenado, con connotaciones precisas, donde la imaginación es fiel al recuerdo vivido.

He soñado retazos felices de mi niñez, con los olores a leña quemada en los hogares para paliar los fríos rigores del invierno, que el humo de las chimeneas esparcía por cada recoveco del lugar; en mi dormir, percibo con nitidez las calles del pequeño pueblo donde anduve mis primeros años, sus montañas, ríos y exiguas torrenteras; he soñado travesuras sin fin, guerreando entre barbechos y sembrados, saboreando el contraste de colores, moteados en terroso y verde, de los campos de cereal tan apenas nacidos, y que, como astutas fechorías recibieron, en su momento, agrias reprimendas. Todavía sueño con frías mañanas de blancas escarchas y nubes que cuelgan de altas montañas, y colores cambiantes en las espesuras del monte otoñal. Todo olvidado para el pensamiento consciente y que, en mis instantes de abandono al fugaz Morfeo, me hacen feliz, aunque al despertar, en pocos segundos, el vendaval del olvido lo diluya todo.

Mi cuerpo se rebela con lacerante dolor; dolor que me atormenta día y noche, posándose en mis desgastadas articulaciones, corroyéndome los huesos, limitando mis movimientos a una actividad precaria que pugna por batirse en retirada, pero ante una mente torpe y huidiza como la mía, busca la manera de seguir surcando los mares del ensueño.

La mujer lozana que en sueños me busca, no la reconozco, pues nunca me quiso mujer tan agraciada y linda que, en mi juventud, calmara mi anhelo de forma tan tierna y adorable. En la nebulosa de ralos recuerdos creo vislumbrar amores que tuve, pero la impericia, la timidez y el miedo a la total entrega, acabaron borrándolos, cuando el vendaval del amor exigía la pérdida del espejismo de la libertad.

Con los sueños me relajo, aunque a veces pienso que estos me engañan, que nunca viví semejantes hazañas, tan magníficas todas, que parecen huera.

La mano temblorosa que en la vigilia implora un asidero firme donde posarse, el sueño la transforma en miembro firme que con tesón busca acariciar esa piel cálida y delicada que a edad tardía estimuló mis ardores juveniles, cuando la llegada del mal tiempo ya hacia mella en mi naciente senectud. El sueño me trae inmisericorde lo que pudo ser de aquel amor tardío y prohibido, y que, por ser... ¡la emoción me embarga! Su hermoso rostro sereno y maduro, de bellas facciones; sus brillantes ojos verdes de mirar profundo, como mares tranquilos de fácil camino, el sueño los trae intactos, perfectos, como cuando entonces retaban mi mente, ardiendo mi cuerpo. El amor juvenil que nunca tuve, fue encontrado cuando el tiempo desgastado pugnaba por fenecer; y el sueño te lo recuerda una y otra vez para que no olvides... Y una y otra vez me enredo en el dulce ensoñar con ella, con sus ojos verdes grandes como gemas, brillantes cual astros, soles de solsticio, veranos ardientes, que iluminan mis noches, hasta que la traidora vigilia rompe el hechizo y desvanece todo, y solo está conmigo en el pensar imperfecto y vago de una torpe mente que casi no la nombra, pues el fatal olvido ha borrado hasta el dulce nombre que un día gustaba proclamar mi boca.

El sueño aparece a intervalos breves, dejando en suspenso caricias, besos inconclusos de rotos silencios. Las manos que otrora firmes sustentaban el placer del roce con mimos sinceros, llenos de ardorosos vahídos de amor, ahora despierto, me tiritan de fría agonía, soledad y olvido.

También he soñado con cosas ásperas que dejaron posos de recuerdo ingrato. No todo en mi vida ha sido llanura de verdes praderas, ríos cantarines y ninfas aladas. Tuve que soportar, en mis tiempos jóvenes, la estrechez de miras por parte de gentes de inclemente influjo, cuando las inquietudes más fuertes afloraban. Todo lo sabían y así lo enredan. Con la madurez me vino el sosiego; estudio y trabajo, pero fueron duros aquellos momentos.

Los dioses que un día exigieron mi entrega, no vienen hacía mí, en mis tenues sueños, reclamando su porción de deuda. Apenas evoco un contrato fútil de engañosa regla que, aprovechando inquietudes jóvenes de ideal búsqueda, atraparon mi alma con falsas quimeras de eternidades ricas en felices praderas donde descansar de este valle triste de lágrimas siniestras e iniquidades ciertas. No, con dioses no sueño, ni aún en la vigilia mi mente se enzarza en espejismos vacuos. Mis sueños son otros, mucho más tangibles, que desde antaño suavizan mi soledad.

En el declinar de mi tiempo, me siento perdido. El frío atenaza mi corazón, pregonando el duro y largo invierno que la espera impone; espera eterna de sabor amargo que quizá trascienda al tránsito odiado, donde se diluyan amores perdidos por viejos y estériles y solo concluyan odios enquistados, rencores eternos y fatuos resquemores.

De pronto, en mí dormitar, oigo un nombre que creo es el mío: “¡Pedro!, amigo, despierta que es tarde”. Me llevan a casa para continuar hilvanando sueños que burlen olvidos de esperanzas viejas...

... Mi vida, que parecía quedar sin resuello, como las aguas de los pequeños arroyos en el estío, ha encontrado un firme asidero. Cuando lo perdido pugnaba por envolver con su empolvado manto toda la esperanza, he encontrado un punto de apoyo que ha cambiado mi forma de entender la vida. Hoy salgo de casa con los mismos huesos que antes dolían y busco compañía con otras personas que, como yo, solían soñar para librarse de la quiebra del recuerdo; y ahora, todos juntos, con bastante esfuerzo, disciplina, empeño y la gran ayuda de gentes amables que con su paciencia logran enmendar el recuerdo roto, recuperamos retazos perdidos del alma, que antes eran sueños.